

Las pruebas naturales á este modo, con que se convence la existencia de Dios, son diferentes; pero aunque sean bastantemente eficaces para rendir á todo racional dotado de capacidad y docilidad, hay algunos entendimientos limitados que no alcanzan á percibir la fuerza de estas razones. Y ciertamente no pueden ellas penetrar el ánimo con tanta fuerza, que iguale á la certidumbre que la fé nos comunica: y así se vé que en tanto que los hombres siguieron para conocer á Dios, su razon sola, todo fué dudas, errores y descarrios. Por lo que fué necesario, que para fundar una creencia firme de la divinidad, se nos manifestase Dios mismo por medio de la luz interior de la fé, y de señales exteriores y sensibles, y nos prescribiese lo que debíamos creer tocante á su ser divino.

Las pruebas históricas, que son aquellas que se fundan en ciertos sucesos, por los cuales quiso Dios ser conocido, son muy á propósito para fundar la debida creencia. Y en efecto, ¿cómo será posible dexar de reconocer que hay un Dios, Autor de todo lo criado, á vista de tantos milagros como se contienen en la Escritura Sagrada, obrados por Moysés, por Josué, por varios Profetas, por los Apóstoles y por el mismo Jesucristo? Los milagros son unos magníficos testimonios que dá la naturaleza, con los quales declara, que sale de su curso y leyes ordinarias por precepto de su Hacedor, que es á quien únicamente obedece. Y como estos milagros se han obrado, para dar á conocer que hay un Dios, se sigue evidentemente que le hay en realidad; pues de toda imposibilidad es imposible, que siendo Dios la verdad misma, haga milagros para acreditar una falsedad. Las profecías forman asimismo una prueba triunfante en este punto; porque como en ellas se anuncia anticipadamente lo futuro, qualquiera conocerá que este conocimiento solo puede pertenecer al que hizo el tiempo, y le tiene presente con todo lo que en él ha de pasar. En la Sagrada Escritura tenemos muchos exemplos de estas profecías cumplidas con la mas perfecta exâctitud,

